

Agustín Fernández Mallo

La forma de la multitud

(capitalismo, religión, identidad)

I Premio de Ensayo Eugenio Trías

Galaxia Gutenberg



Universitat
Pompeu Fabra
Barcelona

CEFET
Centro de Estudios Filosóficos
Eugenio Trías

Un jurado presidido por Victoria Camps e integrado por Marina Garcés, Antonio Monegal, Miguel Trías, Joan Tarrida y David Trías concedió a esta obra el 21 de noviembre de 2022 el I Premio de Ensayo Eugenio Trías, que convoca Galaxia Gutenberg junto con el Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Trías (CEFET) de la Universidad Pompeu Fabra

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2023

© Agustín Fernández Mallo, 2023

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic

Depósito legal: B 44-2023

ISBN: 978-84-19392-50-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

No hay espectáculo más misterioso que la irrupción del alba en un universo cubierto de oscuridad. Es el derecho a la vida afirmándose en proporciones sublimes. (...) Parece como si se asistiera al pago de una deuda con el infinito. Es la toma de posesión de la luz.

Palabras de Victor Hugo al ver,
a través de un telescopio,
la salida del Sol en la Luna

Índice

Parte I

EL ESPECTRO DE LOS TRES CAPITALISMOS

(Monoteísmos y politeísmos,
utopías y aceleraciones)

1.1.	El problema del Centro de Masas	15
1.2.	La identidad límite y dispersa	21
1.3.	Tarjeta de crédito, tarjeta de fe	27
1.4.	Breve apunte sobre el <i>Capitalismo de tiempo infinitesimal</i> (la fantasía se hizo realidad)	33
1.5.	Breve apunte sobre el <i>Capitalismo antropológico</i>	41
1.6.	Asimilar lo opuesto como propio	50
1.7.	El espectro de los tres capitalismos	52
1.8.	El polvo se expande aceleradamente, la inmortalidad	55
1.9.	Expansión colonial de materiales y de datos.	63
1.10.	El <i>copyright</i> lingüístico.	65
1.11.	Cuando la contabilidad entra en el discurso religioso	69
1.12.	El plusvalor de las cosas siempre ha estado en la <i>masa</i>	77

Parte 2

CAPITALISMO DE TIEMPO INFINITESIMAL

2.1.	La relación sexual es imposible.	85
2.2.	La emersión de lo colectivo, amor estadístico . . .	88
2.3.	Máquina, mascota, sustitutos.	91
2.4.	El espejo estadístico	94
2.5.	El poder del recuento. Especialización de la opinión y del trabajo	101
2.6.	Nueva oralidad, <i>fake news</i>	108
2.7.	El disfraz	111
2.8.	Fractalidad del <i>yo estadístico</i>	116
2.9.	Lo real y lo imaginario	120
2.10.	La Realidad de lo virtual estadístico	125
2.11.	Prolongaciones.	129
2.12.	Punto de no retorno (1)	132
2.13.	Punto de no retorno (2)	136
2.14.	La intimidad. El traductor universal.	139
2.15.	El rostro humano industrializado	143
2.16.	El rostro humano doméstico.	149
2.17.	El rostro humano ocioso, cénit del capital	150
2.18.	Religión ocio	153

Parte 3

CAPITALISMO ANTROPOLÓGICO

3.1.	La <i>falta</i> , lo que falta	163
3.2.	Economías del Capitalismo Antropológico.	164
3.3.	Prótesis	167
3.4.	La aceleración (1).	170
3.5.	El tiempo	173
3.6.	El canal paranormal.	177
3.7.	Simulación de una presencia.	180
3.8.	Teoría y experiencia infinitamente separadas . . .	183

3.9. Lo extensivo y lo intensivo	186
3.10. El polvo del cuerpo, el Centro de Masas	189
3.11. Cuerpo abstracto, tiempo matérico	192
3.12. La aceleración (2)	195
3.13. La imposible simultaneidad	197
3.14. <i>Terra nullius</i> , fondo de escala	204
3.15. Natural/Artificial, anomalía del ritmo	207
3.16. Natural/Artificial, las <i>constantes</i> de la naturaleza	212
3.17. Límites relativos, toda barrera es porosa	214
3.18. Descubrimiento de la finitud temporal. La muerte, los milagros	216
3.19. La acumulación	221
3.20. Las novedades	226
3.21. Engendrar y desengendrar	230
3.22. Oralidad, depredación del aire	233
3.23. Los cuidados de la obra maestra	235
3.24. Información, probabilidad y entropía	237
3.25. Nunca hay un antes y un después	241
3.26. Migraciones humanas	243
3.27. Música	246
3.28. Órganos internos, demencia, onirismo	250
3.29. Las formas aceleradas	253
3.30. El tacto	259
3.31. Zonas de contacto	264
3.32. Formación de las aceleraciones	268
3.33. Crear un cuerpo abierto. Imposibilidad de un origen	272
3.34. Oscuridad versus Imperio Fotónico	276
3.35. La guerra (1)	281
3.36. La guerra (2)	286
3.37. La guerra (3). Legalidad y ritmo, <i>performance</i>	290
Créditos	295

Parte I

EL ESPECTRO
DE LOS TRES CAPITALISMOS

(Monoteísmos y politeísmos,
utopías y aceleraciones)

1.1. EL PROBLEMA DEL CENTRO DE MASAS

Lo habitual es que nuestras cosas –las cosas que nuestros cuerpos producen– estén en sitios en los que jamás hemos estado de cuerpo presente. Objetos personales tales como fotografías, dinero o residuos corporales se desplazan de un lado a otro del planeta, se asientan y colonizan espacios físicos que ni nuestros ojos han visto ni nuestros pies jamás han pisado. No lo vemos pero, más allá de nuestro cuerpo, habitamos el Universo en forma de espectros hechos de fragmentos de materia nuestra.

Hasta que aparecieron las comunicaciones y sus generalizaciones locales y luego planetarias, lo normal era que lo único nuestro desplazado a lugares en los que el cuerpo nunca había estado fueran residuos biológicos tales como la orina, el pelo, las heces, la piel muerta, el sudor, etcétera, llevados por esas cintas naturalmente transportadoras que son las aguas fluviales y las corrientes de aire y las marinas, así como por los pies, la piel y la ropa de otros humanos a los que todos esos residuos, eventualmente, podían quedarse adheridos. Las redes de comunicaciones ampliaron estos desplazamientos a cartas manuscritas y mecanografiadas, a retratos y dibujos enviados a familiares y a amigos, a objetos derivados del comercio, así como a sus contratos, que se firman por duplicado, triplicado o multiplicado y viajan para ser guardados en cajo-

nes y cofres allende las tierras y los mares. Con las comunicaciones internautas, todo ello se amplía a la totalidad del individuo, a su identidad misma, de modo que no sólo objetos y residuos sino también ideas, locuciones, producciones del deseo y toda clase de fragmentos del yo se ven desplazados a lugares en los que el cuerpo como tal nunca ha estado. La situación actual es que eso que vagamente llamamos el yo y su correspondiente *identidad*, tras verse esta ampliada a lo largo del siglo xx, en el siglo xxi se ha visto fragmentada y finalmente reunida de nuevo, pero en eventuales redes que la reconfiguran más allá del cuerpo material que, por nacimiento, tal identidad tiene administrativamente asignada. No tenemos un doble de nosotros mismos sino millones de dobles fantasma. Vaya usted pensando en una nube de polvo, en una borrasca que, hecha de fragmentos de usted mismo, se desplaza a lo largo de los continentes en esos particulares mapas meteorológicos que son los intercambios materiales, emocionales y simbólicos, tanto en mapas físicos como en redes digitales. Y tales *intercambios* son expresiones de diferentes clases de *economías*, ya sean economías materiales, monetarias, simbólicas o la suma e interacción de todas ellas en un proceso complejo.

Desde la física traemos aquí el concepto de Centro de Masas de un conjunto de objetos cualesquiera –objetos de los cuales queramos estudiar su evolución en el tiempo, su dinámica–, que es un punto imaginario, un punto geométrico en el cual puede decirse que se concentra la masa-suma de todos los objetos del sistema en estudio. Si nos hallamos en la Tierra, el centro de masas de los objetos coincide con lo que popularmente llamamos «centro de gravedad»; por ejemplo, en el cuerpo de un humano estándar, el centro de masas es un punto situado a la altura de la pelvis, más o menos en el ombligo. El centro de masas del sistema compuesto por un amigo mío que vive en Alicante y por mí, que vivo en la isla de Mallorca, será

algún punto intermedio situado en la línea que une nuestros dos cuerpos; se trata, pues, de un *punto medio* situado sobre el agua del mar Mediterráneo; tal punto imaginario es el supuesto *ombbligo* del *cuerpo común* que formamos mi amigo de Alicante y yo; y ese centro de masas podría determinarse fácilmente con sólo conocer la masa de cada uno de nosotros dos y la distancia exacta que nos separa. Pero el centro de masas de todas las cosas que mi cuerpo ha desprendido desde mi nacimiento hasta hoy –motas de residuos corporales, objetos que he tirado a la basura, objetos que he perdido, papeles en los que he escrito, etcétera–, por extremadamente numeroso y deslocalizado, resulta imposible de determinar. Si a eso le sumamos todos los objetos informacionales que a lo largo de mi vida he depositado en la Red –datos, imágenes, textos, etcétera– y que, de algún modo, conforman mi identidad porque han salido de mi cuerpo, el resultado es que yo, mi *identidad*, es una suerte de polvo de mí compuesto por millones de partículas portadoras de información mía que, como partículas que son, deberán tener algún centro de masas –algún *ombbligo*–, aunque, en este caso, tal punto geométrico sea del todo imposible de calcular. El individuo es, por lo tanto, en sí mismo una verdadera *dinámica de dispersión de su propia identidad* que, al mismo tiempo que se dispersa, paradójicamente se enriquece al llevar sus materiales de un lado al otro del planeta físico y del planeta simbólico. Por supuesto, existe un punto de *dispersión fatal* a partir del cual, y según los casos, aparece en el individuo la patología del yo, la crisis de la identidad: la dispersión se hace tan acusada que el sujeto no puede soportarla. Históricamente, a esa dispersión fatal, y según los criterios de cada época, se la ha llamado *locura*.

Podemos movernos entonces hacia el símil siguiente: el Centro de Masas del individuo, aunque es un punto móvil, también es un punto imaginario que se halla dota-

do de una cierta estabilidad estructural, y tal supuesta estabilidad configura el Centro de Masas de cada cual como una clase de *utopía*, un lugar natural para la existencia de *velocidades constantes* en tanto toda utopía tiene como programa constitutivo alcanzar una estabilidad, una *constancia*. Mientras que, por su parte, el *polvo de la identidad*, el sistema de todos los fragmentos que un individuo ha ido y va dejando, todas esas partículas físicas o simbólicas, no son una utopía, no viajan a velocidad constante sino que, *aceleradas y deceleradas*, se desplazan, no son entes matemáticos sino materia real, materia que da lugar a morfogénesis y a eventos nuevos. Son esas aceleraciones las que crean espacios no utópicos (espacios *a-tópicos*), espacios realmente existentes aunque siempre desubicados.

Las utopías, lugares teóricos, carecen de realidad material, aspiran a un final único, provienen de un sentimiento religioso monoteísta. Las atopías, por el contrario, presentan esa realidad material, carecen de final, se hallan abiertas a reorientaciones y podemos asociarlas al politeísmo.

Si el capitalismo –en términos generales y sin especificar todavía diferentes tipologías dentro del mismo–, es una dinámica por la cual se dan *intercambios* de bienes materiales y simbólicos con la intención de extraer réditos indefinidamente crecientes, intercambios de materiales que, por lo tanto, fundan economías físicas o simbólicas, podemos concluir, para empezar, que la historia del capitalismo es también la historia de cómo la identidad se ha ido dispersando e *intercambiando* sus materiales hacia lugares a los que el cuerpo individual nunca ha tenido acceso, lugares que el cuerpo jamás ha visto ni pisado, una suerte de cuerpo no sólo desplazado sino también deslocalizado, que actúa de *espectro*, de fantasma del cuerpo carnal, fantasma que, sin embargo, es totalmente matérico, real. La genealogía del capitalismo deberá ser

entonces la historia y el estudio del modo en el que lo que en la vida de las antiguas comunidades cerradas se ceñía a los residuos corporales y más tímidamente a vectores culturales traídos o llevados por eventuales viajeros, es convertido hoy en la dispersión absoluta de la totalidad del individuo, el modo en el que el *polvo de la identidad* se ha ido desmenuzando más y más, y ha ido comerciando de forma acelerada con sus entornos aunque aparentemente se haya conservado un abstracto, utópico y estable Centro de Masas, cuya solidez y velocidad constante hoy tan sólo es nominal. El capitalismo, en su defensa, dirá que tal dispersión no existe como tal, y que, en caso de existir, carece de importancia ya que el Centro de Masas del individuo continúa hallándose en el ombligo, en el territorio familiar y conocido del propio cuerpo individual y social, pero lo cierto es que el centro de masas de cada cual hace mucho tiempo que se halla fuera de cada cual, deslocalizado en algún lugar de un espacio que, según los casos, puede ser físico o abstracto, material o digital pero que se encuentra, seguro, muy lejos de donde aparenta estar.

Tal dispersión del yo, de la identidad del individuo, que como se habrá deducido viene constituido por su materia cercana y lejana, sus pertenencias cercanas o lejanas, sus viajes físicos o digitales y los resultados originados por la potencia de su mundo imaginativo, materiales que no cesan de negociar con sus entornos y de extraer réditos de toda clase, tal dispersión, decimos, no tiene límite, puede continuar su navegación incluso después de muerto el propietario-fuente, a través de cuanta herencia haya dejado, de forma voluntaria o involuntaria. Esto da a entender que el capitalismo es un fenómeno no sólo expansivo sino indefinidamente expansivo –de geometría radial y sin cota superior–, un fenómeno no utópico (atópico) en tanto en cuanto carece de un estado final en el que detenerse, y que para subsistir no necesita otra materia pri-

ma que la existencia de un punto fuente que haya existido alguna vez, un simple cuerpo humano a partir del cual, a través de negociaciones con sus hábitats, no hará sino continuar expandiéndose aceleradamente. La conocida sentencia de Spinoza en su *Ética*, «nadie hasta ahora ha determinado lo que puede un cuerpo», toma aquí la configuración de potencia primordial, frase en la que a menudo sus exégetas pasan por alto el hecho de que cuando Spinoza dice *cuerpo* no se refiere a la corporeidad misma y aislada sino a la indisoluble reunión de cuerpo y mente, una entidad compleja que implica sus potencias mentales y productos imaginativos. En efecto, nadie sabe lo que puede un cuerpo: el capitalismo no ha hecho más que empezar, se halla hoy en una de las primeras etapas de su metamorfosis.

Pongamos como ejemplo la red cultural del sistema del arte, en la que existe hoy la tendencia global, extendida a todos los subsistemas artísticos locales, de abordar en las obras complejas problemáticas sociales tales como la decolonización, la migración forzosa de grandes masas humanas o la precariedad económica de zonas urbanas afectadas por bolsas de pobreza endémica. No se tiene conocimiento de que ninguno de esos refugiados, depauperados y parias globales haya pisado alguna vez los centros de arte en los que sus cuerpos, a fin de seguir expandiendo el discurso del arte, han sido capitalizados, quedando así el discurso y la obra reservados a la pequeña masa de expertos capacitados para comprender el aparataje filosófico que mueve al llamado *arte político*, así como a los inversores que pagan altas cifras por las piezas expuestas o a la burguesía de gustos artísticos de fin de semana, derivando de este modo tales prácticas artísticas en meras expurgaciones morales de clase, y de consumo interno. A tal punto llega la dispersión capitalista de un cuerpo hoy. El drama material de un individuo de Siria o Ucrania en guerra se convierte en un *polvo* que,

concentrado en su particular centro de masas –en este caso en la obra de arte para la que su cuerpo ha sido usado–, alcanza un valor de miles de euros en la otra punta del planeta; o la precariedad de un joven del más depauperado extrarradio de una ciudad mutará en dispersísimo polvo que, a su vez, mutará en capital simbólico cuando nosotros, ciudadanos cultivados, admiremos la pieza de arte que el artista de turno, cual colono que fue de expedición a observar seres exóticos de su ciudad, ha elaborado con la peripecia vital del *otro*, pieza de arte que será susceptible de ser paseada por las más importantes bienales de arte del planeta. Queda claro, entonces, que el único arte político realmente existente es el que, mediante denuncias formales, se hace en los juzgados ordinarios; el resto, ínfulas convertidas en capitalismo ordinario. Ocurre que, en el hipotético momento en el que el arte se ejerciese en los juzgados, con denuncias reales, no simbólicas, dejaría de ser arte para transformarse *ipso facto* en hecho jurídico, desmontándose, así, el negocio monetario implícito en la expresión artística. Sea como fuere, hasta tal punto es la historia del capitalismo la misma que la de la dispersión en polvo matérico y polvo simbólico de los cuerpos individuales.

Pero, por disperso que se halle un cuerpo, y aunque el cuerpo individual se constituya en una red relacional de partículas de polvo de la identidad, para expresarse necesita de un entorno, de otros cuerpos, de otras multitudes. El polvo interactúa con el polvo, dando lugar a agregados ontológicamente más complejos.

1.2. LA IDENTIDAD LÍMITE Y DISPERSA

Piense en esto: ¿qué forma tiene la multitud? La multitud es irrepresentable, la multitud no tiene forma estable, resulta tan amorfa como sustancialmente abstracta. Hasta

que la numeras. La forma de la multitud es su *dimensión contable* –numerable–, momento en el que adquiere una forma determinada. Practicar una ideología u otra no es más que contar –contabilizar– de un modo u otro la multitud. Los sistemas filosóficos, científicos y políticos de las últimas décadas parecen haberse dado cuenta de que modelar los datos previamente contabilizados de la multitud es un modo de hacer un certero análisis de las masas humanas y de diseñar consiguientes conductismos. El proceso de modelización del pasado a fin de predecir un futuro, conocido como *big data*, no es más que la última manifestación de momentos antiguos como el oráculo heleno o el principio antropológico del pensamiento mágico articulado en la superstición de la adivinación a través del médium; asimismo lo es el reconocimiento facial por videovigilancia o la reconstrucción de un cuerpo y de un rostro –incluso de una identidad al completo–, a partir de millones de datos que, previa y voluntariamente, cada uno de nosotros ha vertido en la Red. Lo único que diferencia entre sí las ideologías políticas, los sistemas filosóficos o las ciencias son los criterios bajo los cuales los *datos de la multitud* serán agrupados, manejados y luego modelizados, a fin de demostrar o predecir tal o cual comportamiento individual y colectivo. Las populares *fake news* se fundamentan en ello, así como variantes tales como las *deepfake* –soplantaciones hiperreales en fotografías o vídeos–, pero también hechos que supuestamente nos benefician como sociedad en conjunto, por ejemplo, la anticipación de un patrón en los movimientos de un delincuente concreto, o de una dinámica vírica. Esta contabilidad de un modo u otro modela y afianza hoy nuestra identidad individual y colectiva.

«Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo», escribió Ludwig Wittgenstein en las primeras décadas del siglo xx. Esta sentencia, una de las más repetidas en la reciente historia de la filosofía, además de

lo que explícitamente dice, también podría indicar que tanto el mundo de cada cual como el lenguaje que usamos están íntimamente relacionados con la *identidad*. Y si la identidad se halla hoy modelada por el sistema capitalista en sus variadas y múltiples versiones –lo cual incluye su particular modo de construir un *lenguaje* individual y social–, podemos decir que es la identidad hecha literalmente de *lenguaje capitalista* la que hoy ejerce de *límite* del individuo. Identidad móvil o marmórea, relacional o personal, abstracta o netamente figurativa, pero siempre esculpida con datos nuestros que, en redes analógicas o digitales, circulan por diferentes espacios, físicos o virtuales. La identidad sería, entonces, el lenguaje mismo, convenientemente actualizado a cada instante, el código de signos que, entrelazados, conforman lo que es y no es hoy un individuo o una comunidad, su mundo al completo; una identidad que, como lenguaje ya único, dibuja el contorno final –el *límite*– de la burbuja, tanto vital como de conocimientos, más allá del cual no hay ni sociedad ni individuo, la borrosa frontera en la que el individuo, en su constante irradiación de datos y emociones, intenta ampliar su mundo. Es en tal espacio límite y fronterizo, rico en irradiaciones e imposible para cualesquiera otros seres no humanos, donde las personas y las sociedades se definen como tales. De ahí que el lenguaje humano, con independencia de la época histórica, tenga la característica general de ir siempre un poco *por delante* de la realidad misma, característica articulada por medio del mecanismo de la metáfora y sus derivados, verdadera herramienta de creación de conocimiento en las artes y en las ciencias, polos que, en ese punto, se identifican epistemológicamente.

Ya que hoy todo lenguaje es capitalista –que impregna todo discurso social–, la característica del lenguaje como *límite* es, ahora más que nunca, la característica de una

identidad capitalista. Por todas partes emergen nuevas categorías identitarias-límite que perduran o son destruidas prácticamente al instante. Basta fijarse un poco para darse cuenta de que tras esos levantamientos y destrucciones de los diferentes y variados *yoes identitarios* se halla el mercado, su red de transacciones económicas, materiales y simbólicas, sus manejos a través de datos y sus construcciones/reconstrucciones estadísticas. Tanto es así que podemos modificar la frase de Wittgenstein para decir ya: «Los límites de mi mundo son los límites de mi *identidad estadística*». Que esa identidad estadística esté hoy modelada en su totalidad por el comercio nos lleva a constatar la obviedad de que el capitalismo opera en todos los órdenes de la realidad, y se trata del capitalismo común, el capitalismo directamente visible, al que aquí llamaremos *capitalismo monetario*. Pero si analizamos tal situación general con más detenimiento –y de eso tratan estas páginas–, vemos que, además de ese ya bien conocido *capitalismo monetario*, existen otras dos grandes tipologías capitalistas, a las que aquí llamaremos *capitalismo de tiempo infinitesimal* –que es realmente nuevo, fruto de la conjunción de la digitalización de la realidad y del análisis masivo de datos estadísticos–, y otro capitalismo al que llamaremos *capitalismo antropológico* (CA), el cual, por el contrario, es tan antiguo que ya lo hemos olvidado y pertenece al humano en cuanto tal.

El *capitalismo de tiempo infinitesimal* involucra a las relaciones de mercado operadas por robots –bots– en la Red, intercambios económicos que modelan nuestras identidades y que, como si de un mundo microscópico se tratara, no pueden observarse a simple vista, de modo que, para su análisis, habrá que desarrollar un especial aparataje filosófico y conceptual *ad hoc*, que consiste en pasar de la idea del humano individual a la del humano como *masa y multitud* que, no obstante –y he aquí la novedad– de entre esa multitud, y como quien emerge *de*

entre los muertos, el mercado podrá articularlo como una fantasmal individualidad, como una plena individualidad, producto de diversos análisis estadísticos como el *big data* u otros métodos matemáticos de modelización de la realidad hecha de datos. El *capitalismo de tiempo infinitesimal* presentará, así, una primera paradoja: el individuo es desmenuzado en una anónima masa y después, como de un *kaos* primordial, emerge como individuo pero con una identidad que ya no es la que tenía sino una identidad fruto de los enlaces algorítmicos generados en aquel *kaos*. El individuo, cada uno de nosotros, es, para el *capitalismo de tiempo infinitesimal*, un fantasma, un verdadero muerto resucitado; mejor dicho, un Frankenstein que, hecho de retales, se comporta a todos los efectos como un recién nacido de carne y hueso.

El otro capitalismo que aquí abordaremos, el *capitalismo antropológico*, al contrario que el anterior, lejos de ser nuevo es tan antiguo como el propio humano; de hecho, es tan antiguo que hemos olvidado que lo es. Se fundamenta en una primitiva y primordial transacción, en los intercambios que se dan entre los humanos y sus hábitats, intercambio que parece no tener ni principio ni fin; como si toda interacción con nuestros entornos, lejos de construir algo perdurable, brillara unos segundos en lo real para irse luego por un pozo sin fondo que tenemos cada uno en algún lugar de nuestra ontología, un pozo y una desaparición que nos obligan a levantar a cada instante nuevas relaciones, nuevas *economías materiales y emocionales* con nuestros *afueras*. El capitalismo antropológico pone en marcha unos vectores de tiempo suficientemente dilatados para que, a simple vista, no podamos verlo en su conjunto, del mismo modo que –valga el símil– no podemos ver el eco del *big bang* simplemente con mirar al cielo. Para ver los efectos del capitalismo antropológico también habrá que diseñar un instrumental *ad hoc*, que tendrá que ver con una suerte de *plusvalor*

que este capitalismo genera, pero no se tratará de un plusvalor monetario –al modo en que lo conceptualiza, por ejemplo, el marxismo científico–, sino un plusvalor material y simbólico. Si para ver y analizar el capitalismo infinitesimal hace falta una suerte de microscopio de la realidad estadística de la multitud, para ver y analizar el capitalismo antropológico hará falta algo parecido a un telescopio de tiempo antropológico.

Y ambos modos de comercio y de relación de la *identidad* de cada humano con sus diferentes hábitats funcionan hoy, mezclados, a pleno rendimiento material y filosófico. De esos dos capitalismoes –el de tiempos infinitamente cortos y el de tiempos infinitamente largos– es de lo que nos ocuparemos en el resto de estas páginas. De cómo conforman y dibujan la idea de *límite* humano hoy, de frontera, sí, pero frontera porosa, abierta, y de cómo esos capitalismoes –que en cierto modo han superado al clásico *capitalismo monetario*– son hoy el lenguaje y la identidad. De cada uno de ellos emergerá, en justa correspondencia, una clase de individuo contemporáneo, con sus respectivas identidades, a saber, *identidad estadística* e *identidad antropológica*, potentísimas y, no obstante, apenas visibles –se esconden todo el tiempo–, aunque de facto modelan y crean nuestra realidad. Aquí nos ocuparemos de esos capitalismoes que no pueden verse a simple vista, aquellos que, aun siendo absolutamente reales, adquieren la apariencia de un sueño. Estamos rodeados de sueños. Cierre los ojos y verá manchas blancas sobre un fondo negro, puntos casi transparentes moviéndose por la esfera de su ojo, nubes que se expanden y se retraen, formas y movimientos que parecen ir hacia atrás. Una película hacia atrás tiene usted dentro de sus ojos, microscopios del espacio y telescopios del tiempo. Mi madre, cuando contaba 98 años de edad, comenzó a cerrar los ojos y a guardar silencio durante largos periodos. Un día, ingenuo, le pregunté si

la claridad de la luz natural le molestaba. Sin dudar, me respondió: «yo, nada más cerrar los ojos, ya comienzo a soñar».